

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LOS ÁRBITROS DORMIDOS

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2013
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2013
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-6135-7
Depósito legal: M-02632-2013
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







1

Me llamo Francisco García Casas, acabo de cumplir once años y voy a lanzar el penalti más importante de la historia del Soto Alto.

Es sábado por la mañana.

Y hace muchísimo calor.

Coloco el balón justo en el punto de penalti.

Estoy delante del portero.

Le miro fijamente.

Es un chico muy alto y muy rubio con una gorra. Está vestido con un traje de color naranja que yo creo que se puede ver desde varios kilómetros a la redonda.

Él también me mira. Desafiante. Como si me estuviera diciendo: «Tíralo si te atreves».

Y entonces escucho el rugido de la grada.

Hay más de mil personas gritando. Moviendo banderas al viento.

Ha venido casi toda la gente del pueblo.

Y todos están pendientes de mí.

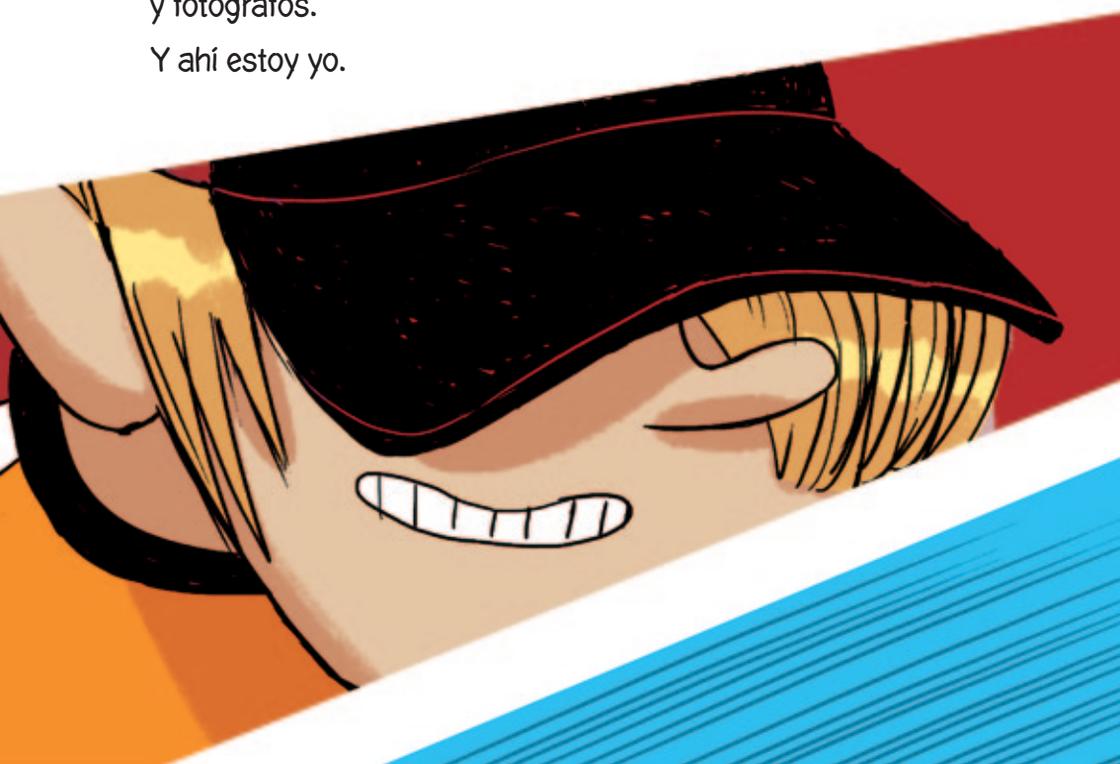
Nunca había venido tanta gente a un partido infantil de la Liga Intercentros.

Pero no es un partido cualquiera.

Es el último partido de la liga.

Y han pasado tantas cosas estas dos últimas semanas, que también han venido periodistas y cámaras de televisión y fotógrafos.

Y ahí estoy yo.



Listo para lanzar el penalti.

Miro al árbitro.

Espero que no le pase nada raro.

Y luego miro a mis compañeros de equipo.

Todos parecen muy nerviosos: se giran hacia otro lado, ninguno se atreve a decirme nada, ni siquiera me miran.

Bueno, ninguno excepto Helena, que me sonríe y me hace un gesto con la cabeza.

A lo mejor es la única que piensa que lo voy a meter.

Este año he fallado cinco penaltis en la liga.



Seguramente es un récord: cinco penaltis fallados.
Aunque ninguno era tan importante como el de hoy.
Yo mismo no estoy seguro de querer tirar este penalti decisivo.
Pero no me queda otra.
Soy el delantero centro.
Tengo que tirarlo.
Y tengo que meterlo.
Para llegar aquí hemos tenido que luchar muchísimo.
Si lo fallo, el equipo perderá algo mucho más importante que un partido.
Podemos desaparecer.
Así dicho, no sé cómo sonará. Pero es la verdad. Si fallo este penalti, es muy probable que el Soto Alto deje de ser un equipo de fútbol para siempre.
Así que más vale que lo meta.
Cruzo una mirada con mi madre, que está en el banquillo.
Ella no es la entrenadora, pero hoy está en el banquillo porque han pasado un montón de cosas muy extrañas antes de llegar hasta aquí.
En este momento, a punto de lanzar el penalti, me pasan por la cabeza todas las cosas increíbles que nos han ocurrido con los árbitros y con los entrenadores y con todo el mundo.
Y lo único que pienso es:
«Francisco, es tu última oportunidad».
Tengo que meterlo como sea.

Los gritos en la grada van en aumento.

Todo el mundo aplaude y grita, y yo intento concentrarme.

¿Lo tiro por la derecha?

¿Por la izquierda?

Los dos últimos penaltis que he fallado los tiré por la izquierda. A lo mejor el portero lo sabe. Se toca la gorra y me señala con el dedo índice.

¿Por qué me señala?

¿Se cree que me voy a asustar?

Pues está muy equivocado: por mucho que me señale delante de todo el mundo, no me voy a asustar.

Por una razón muy sencilla: porque ya estaba muy asustado antes de que me señalara.



Tengo que meter el penalti, tengo que meter el...

Entonces, el árbitro pita.

Tengo que tirar ya.

Cojo carrerilla.

Cierro los ojos.

Y pienso: «No pienses».

Y chuto.

El balón vuela hacia la portería.

Y yo me quedo mirando con cara de empanado...

